

De padres y duchas. Monólogo para antes o después de no dormir

Yilder Iván Ruiz Salinas¹

Resumen

Este monólogo nos presenta a un hombre que lleva noches sin conciliar el sueño, y una noche, decide elucubrar alrededor de este padecimiento que lleva cargando durante años, conduciéndonos a su declive mental a través de historias aparentemente inconexas que van llevándolo a desordenarse y ordenarse desesperado por darle estabilidad a su cabeza en aras de lograr dormir tranquilamente intentando despojarse por medio de palabras de la oscuridad que lo perturba.



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Mi nombre es Iván Ruiz y tengo 24 años. Estudié cinco semestres de artes escénicas y también he participado en concursos de cuento y poesía. Actualmente hago parte de un laboratorio de espectadores y un semillero de dramaturgia enfocado a la Ficstoria.

(Dormitorio. Alrededor hay una mesa de noche con libros, fotos, papeles con notas, cartas y alrededor hay mucho desorden. No hay muchas cosas de valor, pero sí está llena de ropa y papeles tirados alrededor. Un hombre enfermo está tratando de dormir, pero no puede. Después de un rato de revolcarse en la cama se desespera. Durante todo el monólogo manotea y busca matar moscas sin nunca lograrlo.)

Alguien: ¡Ah! *(mueve las manos como espantando moscas)* ¡Ahhh! *(intenta meterse debajo de las cobijas)*. *(Vuelve a intentar dormirse, pero las moscas vuelven)* ¡Maldita mosca! *(Manotea a todos lados. Se levanta y prende la luz. Va de lado a lado de la habitación intentando matar las moscas que oye. Vuelve a intentar dormir hasta que se cansa y se queda sentado al borde de su cama)*. Las palabras no dejan dormir. No, es el sueño el que no deja dormir. Mejor aún, son los sueños los que no dejan dormir. A esta edad uno ya no puede dormir. Uno cree que son los miedos, pero los miedos parecen ser seres que van a venir, pero no, esto es miedo de algo que ya pasó, de algo que no puede arreglarse. Como cuando se daña la ducha. Mi padre la habría arreglado, no todos tenemos un padre que sabe arreglar duchas. Yo, a estas alturas, lo que haría sería cambiarla, ¡sí, cambiarla! El miedo es entendible porque puede no llegar agua mañana, pero si tienes un padre es mejor arreglarla. *(Vuelven a aparecer las moscas)* ¡¡Malditas!! En fin, que cuando tú no tienes fuerzas para arreglar algo, o bueno, ya la ducha simplemente no aguanta más arreglos, pues la cambias ¿no? Es lo que haría cualquier persona: no más goteras, no más olores, no más hormigas ¡Por fin! un baño limpio para un nuevo hombre, como si fuera un niño, ¿me entienden? Un baño limpio es una nueva

infancia *(pausa)*. Ese es el miedo que me despierta desde hace años, pero ya no es miedo, es sólo oscuridad, son los sonidos de esa ducha a la que no volvió a salirle agua, son los sonidos de ese viejo hombre que ya no puede darse un baño de niño. En fin, son cosas que no se pueden separar, y que no se pueden cambiar. Pero ¿por qué no duermo, si no lo puedo cambiar? Eso mismo me pregunto yo. Sin embargo, por el insomnio no es que deje de soñar; es como estar debajo del agua, no dejas de vivir, aunque no respires, oyes la vida arriba de ti, no participas de ella, ni de las risas, ni del oxígeno, pero estás ahí, todos lo saben, el agua se mueve, como se mueve el aire con las bocas en la superficie, y tú estás esperando a volver a salir, a ver las cosas sin ese color azul. La diferencia es que ya no puedes salir del agua, pero tampoco dejas de vivir, así mismo no puedes dormir, pero no dejas de soñar, y así, vuelves a repasar el día de ayer como si fuera un sueño, y tratas de recordarlo para conservarlo, para retenerlo, para no tener más miedo. ¿Y el miedo se va? No, cuando llega la hora vuelves a tener miedo, y a soñar, y la gotera sorda suena, y cantan las paredes con ese miedo verde que hay detrás del agua. En fin, que el ayer se fue y que el recuerdo, o sea, el tratar de retenerlo es precisamente ese insomnio. Y el saber que no puedes cambiar el pasado ni lo puedes retener se vuelve tu miedo, pero es un miedo sordo, como un pato, que no puede volar, pero se mantiene sobre el agua, que no puede escapar y por eso no sabe si pertenece al agua o a la tierra, pero camina y flota, entre otras muchas cosas. *(Sienten las moscas en cara y manotea muy duro)* ¿Alguien quiere sacar esta mosca de aquí y dejarme dormir? ¡Dios! Pero hay una cosa para calmar el insomnio: También puedes contar tu

historia mil veces. Es muy aburrida cuando te la cuentas a ti mismo todo el día y cambias detalles para no aburrirte o para sentir que aún tienes el control sobre ella y que por un momento tu pasado cambia, y tiene como otro color, y cambias los matices del recuerdo, como vistiéndote diferente cada mañana para sentir que cambiaste. Pero da igual, es más divertido cuando se la cuentas a otros, y con sus miradas ingenuas -quien sabe si escucharán, nadie sabe nunca si alguien escucha- parece que tu historia cambia. Así que déjenme contarles una historia. Tiene que ver con estas moscas fastidiosas que no me puedo quitar de encima. Una cosa más: Tengo la sensación de que son las mismas, o que se relevan cada semana. Yo hasta les tengo nombre, pero no les he cogido cariño por eso, sólo lo hago para recordarlas, y por el temor que le tengo a matarlas y verlas infinitamente muertas a mi alrededor prefiero llamarlas K y M, por si un día llego a quererlas. Pero, en fin, las moscas de las que les voy a hablar son otras, estas no tienen nombres, ni me acosan cada noche, o bueno, son otras. ¡Escuchen! Estaba sentado en el parque hace unos días, cuando vi un perro sacudiéndose de lado a lado por el pasto, con una alegría casi divina. Y justo era de una chica muy bella que había visto pasear por los lados de mi casa, alegre igual que su perro, a la que nunca me atrevía a hablar. En fin, que me quedé viendo a su perro, con una atención inconfundible. Mi cabeza lo seguía, pude darme cuenta unos segundos antes, que el perro ya me había dominado con su felicidad, la manera en que se confundía con el pasto y había que buscarlo, y yo, contento con las fechorías, con sus movimientos, me alegraba cada vez más, la sangre me subía, quería yo salir corriendo a jugar con él, a compartir su felicidad, incluso en un instante cruce su mirada y sentí que me reconocía, y aún más, que con su mirada me perdonaba, ¡sí! me perdonaba por no correr tras él, por tener insomnio, por pensar, por soñar, por todo, que con su mirada en un acto me invitaba a correr y por un instante me confundía él también con un animal

desorientadamente libre, inagotablemente alegre, que me miraba con la muerte detrás de ambos, que por un instante corría tras él y me liberaba de mí persiguiendo y mordiendo los pastos, como si llegara mi padre a cambiar la ducha dañada y volvieran a correr las aguas por toda mi casa, inundándome, mientras yo mismo me inundaba de sangre nuevamente... (*sonríe y hace una pausa*) Hasta que el perro volvió a emprender su marcha, y ¿qué creen? ¿Qué corrí? ¡Pues claro! ¡Claro que corrí, como siempre estuve corriendo! Fui tras los pastos, tras el agua, tras las esquinas, tras la alegría, como siempre había corrido, como siempre había galopado con mi mirada, siempre con mi mentón, de aquí para allá, sin calma, sin tregua, cabalgando por todos los pastos soñados, por toda la tierra imaginada, por toda el agua retenida en mi mirada, sí, por todo corrí, mientras el perro me olvidaba fijo en su alegría desordenada... no... no es la palabra... desorbitada... no no, tampoco... orgullosa... no, mucho menos! por su alegría envidiada, mejor aún, ¡envidiable! ¡Sí, envidiable, por Dios que sí, toda ella envidiable! ¡Por qué esa forma tan! ¡¡itan!! ¡Ishhh! ¡Tan horrible de mirarme! O mejor, ¡de no mirarme! Esa manera de correr de un lado a otro, pero no para escapar, ¡no no no! Eso él no lo hace, sino para ser feliz, para ser libre, de dar vueltas sin desesperarse, de confundirse con lo que tiene al lado, de cargar asperezas, de no confundirse con el miedo, de no vencerse con sus culpas, con sus mordidas, con el daño que ha hecho, ¡no! Para nada, simplemente seguir, hacia ningún lado, con la fuerza de adelante, ¡la inconfundible fuerza de adelante! Y su dueña, sí, tan parecida a él, con el encanto también envidiable ¡y nunca expropiable! Ella con él, él con ella, el mundo con ellos. No saben lo molesto que estaba, cómo me enfermaba terriblemente la escena; Y no saben lo peor, ¡no, claro que no! No saben cómo me enfermó ver las moscas, las malditas moscas, pero no estas moscas, no las que me persiguen, ni K ni M, ¡no!, esas moscas que no lo molestaban... que lo acariciaban y hasta parecía que

bailaban con él, con indiferencia, hasta podía verles el rostro de alegría, hasta podía ver cómo se burlaban de mí, viendo cómo me alejaba rubicundo de la escena que ya me expulsaba hacia otra escena. Las caricias, el amor, la alegría, todo me enfermaba sin remedio, me tiraba a la cama de mi mirada, a mi cálida oscuridad donde nunca había reposado ni el olvido, ni el perdón, ni la alegría desordenada, mucho menos una alegría envidiable. *(Pausa. Da la vuelta y camina por la habitación hasta por fin reponerse)*. En fin, esa es mi historia, que por fin puedo contar a alguien. ¡Dios! No saben cuánto ahoga no poder contar algo así a nadie, no saben cómo se respira el poder liberarse de tan terribles conspiraciones. A esta hora aún puede oírse el zumbido de las moscas, espero lo oigan. Y cada día parece que se acumulan, pero a veces también llega un leve el silencio, no total, pero silencio. Es esa calma que da hablar cuando eso ayuda a olvidar el ruido de las moscas. Y podría seguir hablando, pero alguien tiene que velar, alguien tiene que oír a las moscas cada noche, ¡sí! se siente que ellas envidian ser escuchadas, y casi hasta las oigo burlarse porque yo soy como ellas, que no quiero callarme cuando están a mi lado... No sé si para olvidarme o para parecerme a ellas. *(Pausa)* En fin, que haya padres y duchas reparadas para todos mañana!